

TEODORO LEÓN GROSS
BERNARDO GÓMEZ CALDERÓN (dirs.)

Diez articulistas para la historia de la literatura española



EDICIONES APM
COLECCIÓN MEMORIA



MARIANO JOSÉ DE LARRA

Beatriz Gómez Baceiredo y Fernando López Pan
Universidad de Navarra

Es inevitable que una antología de los mejores articulistas españoles se inicie con Mariano José de Larra (Madrid, 1809-1837). Más allá del mero orden cronológico, se trata de hacer justicia con el hombre que, dos siglos después de su nacimiento, permanece como uno de los referentes –por la distancia, tal vez el más indiscutible– del columnismo español.

También era y es inevitable que se haya comparado con él a muchos de los columnistas seleccionados para este libro, aunque su prosa o su postura ante la prensa y el mundo haya sido la opuesta. Compararlos con Larra implica colocarlos en el Olimpo de los periodistas, donde residen los que han sabido trascender lo efímero del papel periódico atrapando lo eterno y trascendente que se esconde en la vida cotidiana. Porque eso fue precisamente lo que consiguió Larra: que dos siglos después aún veamos retratada en sus textos la esencia de la sociedad española, que la entendamos y nos entendamos mejor y que nos admiremos de su estilo brillante, ágil, divertido y certero.

La censura de la época absolutista, la rigidez y clasicismo de las normas literarias y el inmovilismo de la sociedad española hicieron que un hombre crítico, liberal y reformista como Larra explotara al máximo sus recursos lingüísticos, su ingenio y su mirada escrutadora para tratar de explicar a sus contemporáneos la convulsa sociedad en la que vivían. Por eso se empeñó en ser periodista: cuando aún ni existía el periodismo y a pesar de las limitaciones y miserias del oficio, no se conformaba con mirar desde la barrera, tenía que bajar al ruedo y pelear con sus ideas por lo que creía necesario; aunque eso implicara manchar su frac impoluto y sus ilusiones literarias. Optó por estar a pie de calle, entre el humo del café, compartiendo la suerte, las esperanzas, las desgracias y las contradicciones de los españo-

les. Sólo puso la distancia de la sátira, la que al final lo acercó más a sus lectores, y también la que más le dañó.

Para entenderle como periodista, es preciso conocer su vida. Mariano José de Larra y Sánchez de Castro nace en Madrid el 24 de marzo de 1809, hijo único de María de los Dolores Sánchez de Castro y Delgado y de Mariano Antonio José de Larra y Langelot, médico al servicio de las tropas francesas y del infante Francisco de Paula, hermano de Fernando VII. Es, por tanto, hijo de un afrancesado convencido y público, así como afecto a la Corona. Su suerte corre pareja a la de las tropas francesas que entraron en España en 1807, de manera que se exilia a Francia en 1813, donde permanece interno en Burdeos y en París.

Ya reinando Fernando VII en España, en 1818, empiezan a regresar los afrancesados y con ellos la familia Larra. Mariano José ingresa en las Escuelas Pías de San Antonio Abad como interno hasta 1822. Tras un año en Corella con sus padres, vuelve a Madrid, donde estudia en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús y en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. En junio de 1824, viviendo sus padres en Aranda de Duero, se matricula en la Universidad de Valladolid, aunque sólo cursará algunas asignaturas (Miranda de Larra, 2009; Kirkpatrick, 1977; Varela, 1983). Las biografías –dada su popularidad, las hay bien documentadas y con fuentes directas al menos desde 1843– destacan su inteligencia y precocidad en los estudios, su timidez, introspección y orgullo (Varela, 1983: 17-46; Miranda de Larra, 2009).

En 1825 se independiza de sus padres y se traslada a Madrid. ¿Cómo podía un liberal, hijo de afrancesado, encontrar un hueco en una ciudad sumida en plena *Década Ominosa* (1823-1833), en la que se perdieron muchas libertades apenas esbozadas y se volvió al férreo control monárquico? Con los liberales sin rumbo tras el fracaso del trienio en el que participaron del poder, Larra adopta la postura más sensata: quedarse oficialmente en una posición nada exaltada, tibia, que le permitiera abrirse camino en el mundo cultural sin levantar suspicacias entre los liberales y sin repudiar los ideales de su padre. De todos modos, el joven Larra buscaba un modo de expresar sus ideas y, pese a las dificultades y la férrea censura, lanzó en 1828 su primera empresa periodística: *El Duende Satírico del Día*. En los artículos de esa primera época, sobre todo en “El café”, puede verse en potencia todo lo que Larra llegó a ser, su capacidad y agudeza para observar lo permanente en los caracteres humanos y su rapidez para

bosquejar los retratos en pequeños trazos maestros. Empieza a criticar el desentendimiento y la desidia de los que deberían hacer avanzar a España e identifica caracteres significativos que aún hoy se podrían reconocer en las calles. Esos artículos se podrían considerar el precedente de otros más conocidos, singularmente del famoso “Vuelva usted mañana”. Aunque *El Duende Satírico del Día* apenas duró un año, el nombre de Larra y sus pseudónimos (muchos en su breve carrera: *El duende*, *Ramón de Arriala*, *El pobrecito hablador*, *Bachiller Juan Pérez de Munguía*, *Andrés Niporesas*, *Fígaro*) cobraron fama.

Entre 1829 y 1832 Larra –que para entonces se había casado precipitadamente y con poca fortuna con Josefa Wetoret– se vuelca en escribir poesía. También participa de las reuniones y tertulias de café, algunas jocosas, como la “Poderosa Orden de los Caballeros de la Cuchara”; otras más serias, como la tertulia del duque de Frías, la del conde de la Cortina o la famosa del café del Príncipe, llamada “El Parnasillo” (Miranda de Larra, 2009: 68). En esta última coincidió con algunos de los más destacados discípulos del significativo ilustrado español Alberto Lista: Bretón de los Herreros, Espronceda o Mesonero, con quienes compartía una sólida educación clasicista y la ambición de restaurar la sociedad y las letras españolas, aunque no todos lo hicieran desde la prensa (Alborg, 1980: 56).

Apoyado por sus amigos, saca a la calle en 1832 *El Pobrecito Hablador* donde publica la famosa correspondencia –satírica y de denuncia– entre Andrés Niporesas y el Bachiller Munguía, además de artículos de costumbres como “El castellano viejo”. Este divertidísimo texto esconde un ataque feroz a la burguesía española, culpable, según él, de impedir el progreso que disfrutaban en otros países europeos. Larra emplea las técnicas del costumbrismo para recrear escenas, incluir diálogos veloces y entrar como un personaje más en la historia, en este caso un *Pobrecito* sabedor de sus defectos y al que le ocurren frecuentes desgracias. Se atrae así la simpatía y la solidaridad de unos lectores escaldados por lo preciso de la crítica, y desvela su modo de trabajar como periodista, una constante en su obra (es habitual encontrarse en sus textos frases del tipo “Andábase por esas calles a buscar materiales para mis artículos...”).

Se podría decir que Larra usa el costumbrismo para hablar de lo obvio sin hacerlo evidente. Así, cuando estaba prohibido escribir de política, nada más político que mostrar los engranajes de una sociedad. Por eso Larra se aleja de lo pintoresco: prefiere “señalar y enjuiciar, a través del tratamiento irónico las actitudes latentes en los há-

bitos usuales” (Kirkpatrick, 1977: 32). Se distingue así de Mesonero, cuyo costumbrismo deleitaba y entretenía, a la vez que inflamaba el amor patriótico (Gómez Baceiredo, 2006: 384-391). El de Larra, más arraigado en la tradición dieciochesca, apuntaba a otra finalidad: la de revolver conciencias y tratar de que cambiaran las cosas: “Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio –escribe–, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: ‘¡Cosas de España!’, contribuya cada cual á las mejoras posibles” (“En este país”, *Revista Española*, 30 de abril de 1833).

Mientras Mesonero era escritor en prensa, Larra se desenvuelve como periodista *avant la lettre*; un periodista que rechaza el tópico y sabe ver lo permanente en lo actual. Por eso sus protagonistas, demasiado reales, no eran tipos; aunque, con cierta ironía, Larra aclaraba en el prospecto –no publicado– del *Pobrecito Hablador*: “A nadie se ofenderá, a lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas *caricaturas* por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecersele”. Sin renunciar a la belleza y a la diversión quería una literatura que sirviera a la sociedad “mostrando al hombre no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle” (Larra, “Literatura”, *El Español*, 18 de enero de 1836).

El Pobrecito Hablador sólo sobrevivió 14 números a la censura, pero alcanzó un gran éxito. Cuando cerró, José María Carnerero, que en 1832 había sacado a la calle *La Revista Española*, contrata al ya famoso Larra para escribir críticas teatrales y cuadros costumbristas, pese al miedo que le infundía su “condición subversiva” (Miranda de Larra, 2009: 121). En esta nueva publicación, Larra adopta su pseudónimo más famoso, *Fígaro*¹, y continúa su indirecta crítica política.

Tras la muerte de Fernando VII, estalla el conflicto carlista que se inicia con una guerra civil: durará siete años y aparecerá de forma intermitente durante todo el siglo como un elemento perturbador en la política y muy cruento para la población (Comellas, 1988: 130-140). Pese a la llegada del liberalismo, la censura seguía asediando a la prensa y Larra –que incluso se alistó en la milicia urbana en 1834, con sus amigos Espronceda y Ventura de la Vega, para luchar “contra el carlismo y en defensa de la libertad” (Miranda de Larra, 2009: 128)– se vale de nuevo de los cuadros costumbristas para atacar con

¹ Lo hizo el 15 de enero de 1833 en su artículo “Mi nombre y mis propósitos”.

ferocidad al carlismo. En sus piezas de crítica política, prefiere recurrir a la exageración retórica y al histrionismo antes que al ensayo o el discurso político. De esta manera, evita la censura y consigue que el entretenido lector deduzca, entre sonrisas, sus propias conclusiones. Sabe ya, como figura reconocida, que la primera pelea del periodista es que se terminen de leer sus artículos: "A Larra –señala Umbral– no le basta con ser la primera pluma de su época, el hombre más leído, temido y conocido. Antes que notoriedad, busca eficacia" (Umbral, 1965: 91). Y también por eficacia inicia muchos de sus artículos con alguna anécdota, alguna historia o con alguna reflexión personal breve.

Fíguro ya no es un personaje a través del que Larra cuenta historias, sino el *ethos* (López Pan, 1996) que las impregna, de manera que todos sus artículos (también las críticas teatrales y literarias) empiezan a centrarse en lo que más le interesa y preocupa: el progreso de España por medio del ideario liberal.

Contaba con las herramientas necesarias para lograrlo, por algo fue el primer periodista español que pudo vivir de sus escritos (Kirkpatrick, 1977: 8), pero también sabía que era un asalariado en un país de escasos lectores y mucha prensa política. El ser uno más dentro de un periódico, y no el editor y redactor único, le supuso disgustos con los directores², pero le permitió conocer mejor las entrañas de la profesión y ajustar sus artículos al resto de los contenidos de la publicación. Así, tendía a considerar que sus lectores estaban enterados por otras secciones de la vida política y que bastaban simples referencias o alusiones para que sus textos se comprendieran (Kirkpatrick, 1977: 255).

De todos modos, intenta publicar un periódico nuevo, pero, como cuenta en un artículo así titulado, ni la sociedad ni la prensa de 1835 estaban preparadas para entenderle. Los sucesivos gobiernos de la regencia de María Cristina³ no cumplían las expectativas de los liberales

² En 1834 pasó su columna de la *Revista Española* a *El Observador*, de tendencia progresista, aunque regresó en 1835. No está claro por qué lo hizo, pero según Miranda de Larra pudo deberse a las consecuencias de los nuevos reglamentos de la censura o a una crítica poco halagüeña que se publicó en ella de su drama *Macías* (Miranda de Larra, 2009: 131).

³ El primer gobierno de María Cristina, la reina gobernadora, fue el de Cea Bermúdez. La especie de "despotismo ilustrado" que quiso imponer a través de su Manifiesto –con reformas administrativas, pero no políticas, ya que mantenía la monarquía "en todo su vigor y pureza"– no convenció a los liberales, y mucho menos a

progresistas y la prensa trataba de sobrevivir a las continuas multas y cierres⁴. El repaso que hace de las secciones de un periódico en ese texto es, a un tiempo, un reflejo perfecto de la situación política del país y de la frustración de un periodista que, en la plenitud de su carrera, se veía constreñido por “la conciencia de vivir en una época de transición” (Kirkpatrick, 1977: 11). No se trataba sólo de la presión de editores y directores –ese artículo también descubre a los lectores, y no es un fin menor, cómo funciona la prensa por dentro–, sino que, además, Larra “no tenía un gran concepto del público y tal vez ya sabía, sin querer admitirlo, que escribía más para él que para un público⁵ incapaz de reaccionar” (Miranda de Larra, 2009: 97).

En abril de 1835, cansado de esfuerzos inútiles, viaja a Lisboa, Londres, Bruselas y París con la excusa de resolver negocios de su padre. De paso, quería encontrarse con su amante, Dolores Armijo, quien nunca se atrevió a dejarlo todo por él. En cualquier caso, al su-

los carlistas, por lo que la reina sustituyó a Cea por Martínez de la Rosa. Este, por medio del Estatuto Real de 1834 (una “carta otorgada”, no una constitución), trató de conciliar lo antiguo con lo nuevo, y, pese a ser considerado “raqúitico” por los liberales, dada la escasez de reformas que ofrecía, al menos cumplió la función de cerrar definitivamente el absolutismo monárquico (Seoane, 1983: 139-140; Comellas, 1988: 140-146). En agosto de 1836, la “sargentada” de la Granja acabó con el régimen del Estatuto, y la Reina se vio obligada a restablecer la Constitución de 1812.

⁴ La prensa había aumentado notoriamente desde 1833. Según Seoane, en 1834 había 36 diarios en Madrid; en 1836, antes de la “sargentada”, 120, entre ellos más de 40 diarios y 49 boletines de provincias (Seoane, 1983: 142-145). Pese a que estas cifras tienen un valor muy relativo (dado que muchos periódicos suprimidos aparecían de nuevo bajo otro nombre), muestran la vorágine que se vivió en la prensa tras el fin de absolutismo (Barrera, 2000: 76-77), aunque, eso sí, la mayoría de estas publicaciones eran efímeras. La ley sobre prensa más relevante en esos momentos es el decreto del 4 de enero de 1834, bajo el gobierno de Cea Bermúdez, completado por el reglamento del 10 de junio. Este decreto establecía: “No necesitan licencia ni censura previas los periódicos que traten de materias literarias y científicas y sí los que traten de política o religión” (Seoane, 1983: 141) Por su parte, “el reglamento del 10 de junio crea la figura del *editor responsable* y la fianza o *depósito previo* (de 20.000 reales en Madrid), ambas inspiradas en la legislación francesa” (Seoane, 1983: 142). De ese depósito se descontaban las multas en caso de infracción y tenía que ser repuesto inmediatamente, para evitar el cierre (Seoane, 1983: 143). La ley y el decreto son claves ya que el único modo de evitar la licencia previa y la censura era no publicar contenidos políticos.

⁵ Que no era muy numeroso: “Un periodista presume que el público está reducido a sus suscriptores –escribe Larra–, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles” (“¿Quién es el público y dónde se encuentra?”, *El Pobrecito Habrador*, 17 de agosto de 1832).

bir el progresista Mendizábal al poder, la esperanza política le anima a regresar. Además, *El Español*, de Andrés Borrego, le ofrece el mejor contrato de su vida: 20.000 reales por dos artículos a la semana, que le convertían en el periodista mejor pagado del país (Miranda de Larra, 2009: 210). Para adecuarse a la altura intelectual del periódico, opta por un tono más ensayístico, como se advierte en "Literatura", "De la sátira y los satíricos" o "Panorama matritense". La esperanza que le trae de vuelta se trueca pronto en desilusión al ver que no se lograba eliminar el Estatuto Real a favor de una Constitución.

Sin embargo, tal vez porque desde el periodismo no lograba sus propósitos, en junio de 1836 se presenta como candidato a Cortes con Istúriz. Que se uniera electoralmente a un moderado le valió numerosas críticas y le puso cara a cara con sus propias contradicciones vitales (Kirkpatrick, 1977: 10). Colabora también con los moderados *El Mundo* y *El Redactor General*, donde publica el sorprendente y desgarrador "Nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico". Ahí, en boca de su criado borracho, ofrece un cruel y certero examen de sí mismo. Con sinceridad absoluta se desmorona el ideal del periodista independiente, del romántico apasionado por encima de las leyes morales, del luchador por la igualdad social, y aparece el cobarde, el ególatra, el adúltero y el dandy. Larra no está a la altura de *Fígaro* y este le abandona.

Sus escenas costumbristas, que fueron primero sátira de costumbres sociales y luego de costumbres políticas, se convierten en ese texto "en sátira elegíaca, en crónica de una sañuda y masoquista autodestrucción literaria y personal" (Varela, 1983: 156). Con esta inmolación pública, a modo de diálogo horaciano (Varela, 1983: 181), Larra levanta la máscara y tiene el valor de mostrarse como ejemplo público, como el argumento final para una vida que no logró explicarse y que terminó de un pistoletazo, el 13 de febrero de 1837. Hay quien considera que la situación social y política y su carácter taciturno y crítico hicieron inevitable un final así. Cualquiera que ame la escritura y el columnismo desearía que se hubiera evitado.

Bibliografía

ALBORG, J. L. (1980): *Historia de la literatura española. Tomo IV: El Romanticismo*. Madrid: Gredos.

- ANÓNIMO (1843): *Obras completas de Fígaro (don Mariano José de Larra)*. Tomo I. Madrid: Imprenta de Yenes.
- BARRERA, C. (ed.) (2000): *El periodismo español en su historia*. Barcelona: Ariel.
- CHAVES, M. (1898): *D. Mariano José de Larra (Fígaro)*. Su tiempo, su vida, sus obras. Sevilla: Imprenta de la Andalucía.
- COMELLAS, J. L. (1988): *Historia de España Contemporánea*. Madrid: Rialp.
- GÓMEZ BACEIREDO, B. (2006): *Los textos biográficos en las cinco principales revistas ilustradas españolas del siglo XIX. Aproximación a los orígenes de un género periodístico*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Navarra.
- KIRKPATRICK, SUSAN (1977): *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid: Gredos.
- LÓPEZ PAN, F. (1996): *La columna periodística, teoría y práctica: El caso de "Hilo directo"*. Pamplona: Eunsa.
- MIRANDA DE LARRA, J. (2009): *Larra. Biografía de un hombre desesperado*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ VIDAL, A. (ed.) (2000): *Fígaro, colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*. Barcelona: Crítica.
- SÁNCHEZ ARANDA, J. J. y BARRERA DEL BARRIO, C (1992): *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*. Pamplona: Eunsa.
- SEOANE, M. C. (1983): *Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX*. Madrid: Alianza.
- (1977): *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*. Valencia: Castalia.
- UMBRAL, F. (1965): *Larra, anatomía de un dandy*. Madrid: Alfaguara.
- VARELA, J. L. (1983): *Larra y España*. Madrid: Espasa-Calpe.